

WILLIAM GAGNON

La Hospitalidad hacia Oriente



50° Aniversario de su tránsito
1972 - 2022



WILLIAM GAGNON

La Hospitalidad hacia Oriente

50° Aniversario de su tránsito
1972 - 2022

Introducción

Con ocasión del 50° Aniversario del tránsito del Siervo de Dios Venerable William Gagnon, 1972 -2022, he preparado esta breve biografía para dar a conocer su vida y su obra.

La herencia que este hermano nuestro ha dejado a toda la Orden y a la gran Familia Hospitalaria queda sintetizada en las siguientes palabras que escribió a sus hermanos durante su servicio como Superior Provincial en Canadá: *«Nuestra vocación es estupenda; cuidar a Cristo en los miembros que sufren y llevarlos a Jesús a través de nuestra vida de entrega y de caridad. Pero para poder hacer esto, es necesario tener una fe grande, que nos haga ver en todo momento en todos nuestros hermanos, sean los que sean, al mismo Jesús, Nuestro Señor. Esta fe ardiente se obtiene mediante la oración»*. Estas pocas líneas serían suficientes para entender con qué espiritualidad y profundidad de vida vivió el Hno. William su existencia de entrega generosa y sin medida para con todas las personas, en particular, los enfermos que atendía personalmente.

Esta breve biografía presenta los pasajes más significativos de su vida, acompañados de recuerdos fotográficos que fijan algunos momentos históricos mostrándolos en su contexto y su realidad.

Mi deseo es que este trabajo toque el corazón de numerosas personas, que de diversas maneras forman parte de nuestra gran familia hospitalaria y, que con gran pasión y profesionalidad cuidan cada

día de los pobres y enfermos según el carisma de la Hospitalidad que heredamos de San Juan de Dios.

Concluyo esta breve presentación de nuevo tomando prestadas las palabras del Hno. William, que sintetizan de modo extraordinario su espiritualidad hospitalaria: *«Los honores no son más que humo, un entusiasmo pasajero. Lo único que permanece es el poco bien que hemos hecho. Seamos agradecidos con el Señor por habernos dado estas alegrías en cada momento»*. Así era nuestro Venerable. En su vida no hizo más que hacer el bien, rehuyendo siempre cualquier forma de exhibicionismo y de autorreferencialidad, haciéndose todo para todos por amor a Dios, consumiéndose hasta la muerte.

Roma, 28 de febrero de 2022

HNO. DARIO VERMI, O.H.
Postulador General

LA FAMILIA GAGNON

En el siglo XIX numerosas personas emigraron de Quebec a Nueva Inglaterra, en los Estados Unidos, entre ellas el matrimonio canadiense Delphin Gagnon y Marie Louise Roy. Se casaron en Dover, una pequeña ciudad del New Hampshire estadounidense, donde vivieron y formaron una numerosa familia de doce hijos, entre los cuales William. Eran tiempos duros, la influencia española creció entre 1918 y 1920, después se desencadenó la crisis financiera, el Crack de 1929, con sus graves repercusiones.

William Gagnon nació el 16 de mayo de 1905 en Dover. El mismo día de su nacimiento fue bautizado en la Parroquia de San Carlos Borromeo, que administraban los Misioneros de San Carlos (Scalabrinianos). En las Navidades de 1913, a la edad de ocho años el pequeño William hizo la Primera Comunión y en 1917 recibió el Sacramento de la Confirmación de Mons. Louis O'Leary en la iglesia parroquial de Lac Baker en el Nouveau-Brunswick.

Una de sus hermanas, Marie Eva, en 1930 entró como religiosa en las Hermanas de la Asunción de la Santa Virgen, y más tarde se convirtió en la confidente espiritual de su hermano predilecto. A esta hermana revelará William su deseo de consagrarse al Señor. Cuando William manifestó el deseo de hacerse hermano, encontró siempre una gran oposición por parte de su padre, que era una persona con un carácter inconstante, que tenía el vicio de la bebida y era totalmente anal-

fabeto. La madre también contrarrestaba la decisión del hijo, porque veía en él una valiosa ayuda en la gestión de la familia, que en aquella época no era nada fácil. La dura experiencia que vivió en el seno de su familia lo preparó para hacer frente a las dificultades y pruebas que encontraría en la vida religiosa y en la fundación de las Casas-Hospital en Vietnam.

No pocas veces, su madre reprendía severamente al pequeño William por las travesuras que hacían sus hermanos; él, sin embargo, lo soportaba sin rebelarse nunca y sin revelar al culpable. Bondadoso y atento, obedecía en silencio a las peticiones de sus padres. A veces no podía ir al colegio porque su madre lo obligaba a ocuparse de sus hermanos;



La familia Gagnon en Dover en 1921.

esta fue una de las tareas que se le encomendaron en esos años de adolescente.

Por aquel entonces William tenía 13 años y con el hermano mayor Joseph, aprendió los rudimentos de la agricultura: limpiar la tierra y vender la madera a las numerosas fábricas de papel de la zona. En aquellos años sucedió un hecho dramático para la familia Gagnon, pero que resultó ser providencial.

EL INCENDIO

Un día la familia Gagnon volvía a casa de la Misa dominical en una carroza. El padre llevaba las rien- das, mientras la madre hablaba de cosas triviales, pensando en el almuerzo que iba a preparar. Atrás, los niños jugaban, bromeando entre ellos.

Aquella mañana de 1918 el sol inundaba el paisaje, las colinas de Quebec con sus bosques umbrosos y sus parcelas de tierra a lo lejos.

De repente, el señor Gagnon vio una nube de humo que subía hacia el cielo, y anillos de fuego que provenían de la propiedad del vecino. Se quedó atónito y, aunque su vecino parecía controlar la situación, rápidamente le gritó: «Dejo a la familia en casa y vuelvo en seguida a echarte una mano».

Mientras tanto, el viento había levantado algunas chispas, con el riesgo de que el fuego se propagara también a otras casas. Había que salvar inmediatamente horquillas, palas, maquinaria... El señor Gagnon ya entreveía un triste escenario: los edificios destruidos por el fuego, el ganado muerto, las casas por reconstruir. Ya estaba pensando en mandar a su mujer e hijos de vuelta a Dover.

Mientras que sus padres hacían todo lo posible por controlar el fuego, William se ocupaba de sus hermanos y hermanas más pequeños. Aunque solo tenía 13 años, su fe en la Divina Providencia era ya muy sólida. Mirando a su madre a los ojos le dijo: «Mamá, Dios es bueno y protegerá a los niños, por-

que son pequeños ángeles. Yo me quedo aquí a orar. ¡La granja no se va a quemar!».

William llevó a los niños a un campo para que no corrieran peligro y todos juntos comenzaron a rezar. Un poco más tarde, los colonos lograron dominar el incendio. La escena de desolación casi parecía un signo de esperanza: en tres kilómetros, misteriosamente, la zona se había convertido en terreno fértil para las futuras siembras.

Pasó lo que William había dicho: decenas de familias se salvaron, así como casas y animales.

Después de pasar tres años en Temiscouata, un territorio boscoso de Quebec, adonde se habían trasladado por trabajo, en 1920 la familia regresó a Dover, en New Hampshire.

UNA DIRECCIÓN PARA LA PROPIA VIDA

En aquel tiempo, solamente los hijos de las familias ricas podían proseguir los estudios, así que Joseph y William tuvieron que abandonar la escuela y ambos fueron contratados durante un tiempo como trabajadores en una fábrica de algodón.

Al ser el segundo hijo, el joven William aprendió muy pronto a trabajar para ayudar económicamente a sus padres. Se aplicaba mucho, para dar ejemplo a sus hermanos y hermanas más pequeños.

Jardinero, leñador, trabajador en las fábricas de algodón, de día y de noche: nada era una carga para él.

En él crecía una sed de lo absoluto: ¿Y si la vida es algo más que un sueldo ganado con esfuerzo, un sueldo que hay que llevar a casa? William soñaba con ser misionero en países lejanos para ayudar a las personas necesitadas. Pero ¿por dónde comenzar esta búsqueda de significado? ¿Tendría que abrazar la vida religiosa?

Llamó entonces a la puerta de dos comunidades religiosas: una en Quebec y otra en New Hampshire. Por varios motivos, dio marcha atrás. Pensó en una tercera congregación en los Estados Unidos, pero un sacerdote lo disuadió. William prefirió aplazar su proyecto a más adelante.

En 1926, con veintiún años, encontró trabajo en una fábrica de algodón de Dover. Se supone que

vivía con algún familiar y que enviaba el sueldo a la madre. En ese mismo periodo llamó a la puerta de los Concepcionistas (Hijos de la Inmaculada Concepción, fundados en Roma en 1857 por el beato Luigi Monti), pero no fue aceptado porque algunos análisis clínicos revelaron una presunta enfermedad renal. Así regresó a Barton, adonde en 1922 la familia Gagnon se había trasladado, sin desistir en buscar otro camino para su consagración.

En 1930 su hermana menor Marie Eva tomó el hábito de las Hermanas de la Asunción en el convento de Nicolet y esta elección atizó aún más el deseo de William de consagrarse al Señor. Aproximadamente en el mismo periodo, un sacerdote le habló de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, y eso se le quedó grabado en la mente. Una mañana, William leyó en el periódico un resumen de la biografía de San Juan de Dios, publicado en la columna sobre la Vida de los Santos. Pidió a la redacción del periódico la dirección donde encontrar a los Hermanos de San Juan de Dios.

Los Hermanos de San Juan de Dios llegaron a Montreal el 16 de abril de 1927 con el compromiso de asistir a los pobres e indigentes en el Asilo Notre-Dame de la Merci, en un barrio de la ciudad.

El camino a emprender comenzó a tomar forma. William reflexionaba sobre cómo iba a poder servir al Creador y a los demás. En lugar de producir objetos en el ambiente deprimente y ruidoso de las fábricas, podría dar testimonio de su amor por Dios y por el prójimo ejerciendo la hospitalidad.

COMIENZA LA AVENTURA

El 11 de octubre de 1930 William escribió al Hno. Laurent Cosgrove, Superior del Asilo Notre-Dame de la Merci y Maestro de Novicios, y este entrevió signos prometedores en el joven Gagnon.

El 22 de octubre William fue admitido como postulante entre los hermanos de San Juan de Dios y ya estaba seguro de que había emprendido el camino correcto. Sin embargo, no todo salió según lo esperado. En diciembre de ese mismo año ya recibió cartas de sus padres que le pedían que interrumpiese temporalmente su camino religioso y regresara a casa para ayudar a la familia que pasaba por dificultades. El joven, con gran pesar, se dobló mansamente a la voluntad de la familia, encomendándose a la Providencia.

El duro trabajo en familia no lo apartó de su ideal. En una carta que escribió el 6 de enero de 1931, confiesa al Superior que echa mucho de menos a sus hermanos en la fe.

En familia siempre trató de dar lo mejor de sí mismo. En la escuela también fue un estudiante atento y sumiso; ayudaba a los maestros, tanto religiosos como laicos, haciendo pequeños servicios. Había heredado de sus padres la perseverancia, el sentido de la organización y la fe.

Durante su estancia en Canadá, sus padres habían acogido en su propiedad a una familia en si-

tuación difícil debido a la enfermedad y la pobreza. Esta apertura a los demás lo impresionó mucho.

La experiencia familiar lo había preparado para la decisión definitiva de consagrar su vida al Señor en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. William conocía la hospitalidad casi por instinto, para él era como una segunda naturaleza. Cuidar de su familia era como asistir a los enfermos y hacerse cargo de los necesitados.

El 29 de marzo, solo tres meses después, William regresó al convento.



*Grupo de Profesos temporales.
El Hno. William en segunda fila.*

El 17 de abril de 1931, a casi 26 años de edad, comenzó su formación de postulante y recorrió regularmente las etapas de su camino como hermano. El 16 de julio del mismo año recibió el hábito de la Orden y el nombre de Hno. William; el 20 de noviembre de 1932 emitió sus votos temporales y el 21 de noviembre de 1935, con treinta años, los votos solemnes.



El Hno. William Profeso solemne, 1935.

FIEL A LA LLAMADA

En quince años, con su conducta de vida ejemplar —hecha de pequeños y grandes gestos de amor al prójimo— y su profunda espiritualidad, se ganó el aprecio de sus Superiores.

En 1937 el Hno. William ya fue nombrado Director del Aspirantado de Montreal, una responsabilidad que lo implicó totalmente, tanto que decía a sus hermanos: «*Este hombrecillo era un padre tranquilizador y un hermano mayor para los niños y jóvenes adolescentes que llamaban a la puerta del colegio*».

En el colegio se formaba a los jóvenes que después seguirían el camino vocacional de consagración. Numerosos testimonios concuerdan a la hora de desta-



El Hno. William Director del Aspirantado de Montreal, 1937.

car su modestia, el tono confidencial que usaba en los coloquios, su sonrisa sencilla y cautivadora que desarmaba cualquier intento de desobediencia. Si tenía que reprender a alguien, siempre lo hacía en privado, nunca en público, y el interesado salía del coloquio confiado y animado. Más que reproches, lo suyo eran invitaciones a corregirse y mejorar la actitud.

Una de sus características más destacadas era la puntualidad en los momentos importantes de la vida comunitaria. Todas las mañanas animaba a los jóvenes encomendados a su cuidado para que meditaran sobre una breve reflexión acerca de la liturgia del día, que escribía especialmente para ellos con el deseo de prepararlos para la Misa y encaminarlos con rectitud hacia su futuro de consagrados.

Para destacar el candor de su figura, citamos dos afirmaciones de un testigo de la época: «*Las perso-*



Consejo de la Delegación General de Canadá, Hospital Notre-Dame de la Merci, Montreal 12 de marzo de 1939.

nas verdaderamente grandes son aquellas que ejercen la autoridad sin dejar de ser sencillos». Y también: «*Cuando lo encontrábamos, iba siempre deprisa y corriendo, como se dice en francés: à la sauvette*». Venía para resolver algunos asuntos y se marchaba enseguida: era un hombre que no se entretenía mucho.

Comenzó un periodo intenso, en el que en fases alternas desempeñó cargos de responsabilidad en importantes áreas dentro de la Orden: Consejero de la Delegación Canadiense, Superior Local, Delegado Provincial, y después también Provincial en un momento muy delicado de la constitución de la nueva Provincia Canadiense de la Orden, precisamente cuando surgieron fuertes tensiones internas sobre la planificación del futuro inmediato, tanto que fue necesaria la visita del Superior Provincial francés y del Superior General, así como la intervención específica y directa de la Santa Sede con dos Delegados Especiales.

El 23 de febrero de 1939 fue nombrado Tercer Consejero de la nueva Delegación de Canadá. El 30 de marzo de 1941 el P. Henri Bourque, sj, Visitador Apostólico, lo nombró Delegado General de Canadá, en sustitución del Hno. Mathias Barrett, y Prior del Convento-Hospital San Juan de Dios en Montreal. El 28 de octubre de 1941 el mismo P. Bourque, con la autorización del Superior General, el Hno. Ephrem Blandeau, lo nombró Superior Provincial y lo volvió a confirmar el 22 de mayo de 1945, confiándole también el cargo de Ecónomo Provincial.

Una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, el 10 de noviembre de 1946 finalmente se pudo celebrar el primer Capítulo Provincial de Canadá pre-

sidido por el mismo Padre General el Hno. Ephrem Blandeau y el Hno. William fue nuevamente elegido como Superior Provincial.

En 1947 Gagnon autorizó la fundación de tres nuevas obras en Canadá, pero se encontró en desacuerdo primero con el Prior del Hospital San Juan de Dios de Montreal (1947), después con el Definitorio Provincial que era contrario al nombramiento de un comité laico para el Hospital San Agustín en L'Ancienne-Lorette (1948) y de nuevo con el Prior del Hospital San Juan de Dios que se arrogó el cargo de Ecónomo.

El 25 de mayo de 1948, ya desautorizado del cargo de Superior Provincial, como se leerá en el próximo capítulo, fue destinado como Prior del Hospital San Agustín en L'Ancienne-Lorette. El Hno. William se convirtió en un hermano entre sus hermanos, un «corazón a la mano». Cuidó de los enfermos, rezaba con ellos; fregaba el suelo al atardecer como momento de descanso, supervisaba y guiaba las actividades de voluntariado y de los bienhechores.

Animó, siempre con el ejemplo, a las comunidades que le habían sido encomendadas y, más que con palabras, fue capaz de resolver los distintos problemas con paciencia y gradualidad.

Los miembros de la Comunidad en seguida se dieron cuenta de que las acciones concretas del Hno. William manifestaban la verdad y la belleza de su persona. Su humildad impresionaba a los hermanos cercanos a él. La piedad en la Capilla, su amabilidad con los hermanos y su compasión con los enfermos reflejaban con gran fidelidad el contenido de sus cartas circulares. El Siervo de Dios era más

bien pequeño de estatura, de constitución débil y salud delicada, aunque nunca se quejaba, pero por otro lado tenía una voluntad de hierro y un gran entusiasmo, que animó toda su vida religiosa. Era dinámico, activo y espabilado, diligente en su trabajo y muy devoto, dotado de una sencillez desarmante, celo apostólico y caridad misericordiosa.

A un hermano en Vietnam, que se asombró al verle asumir trabajos penosos, casi de obrero, el Hno. William respondió: «Mientras estoy ocupado con estos asuntos, me olvido de otros problemas más importantes que me agobian».



El Hno. William elegido Provincial durante el primer Capítulo Provincial de Canadá presidido por el P. General, el Hno. Ephrem Blandeau, 6 de noviembre de 1946.

DESTITUCIÓN COMO PROVINCIAL

El Visitador general que había enviado Roma reconoció una cierta *debilidad e indecisión* en Gagnon. La ambición de algunos a menudo causa la infelicidad de otros. El Hno. William supo, sin previo aviso, que iba a tener que renunciar a su función de Superior Provincial en Canadá; un sustituto esperaba en la sombra para ocupar su cargo. Solo tenía que firmar la carta de dimisión, que ya le habían preparado. No podía sino aceptar los hechos tal cual eran.

En dos cartas que envió más tarde al Maestro de Novicios se entreveía su soledad y las heridas angustiosas que le dejó la dimisión. Escribía: *«Me escondo en las heridas del Sagrado Corazón de Jesús. Ahí está mi único consuelo y solo con Él encuentro la felicidad, si es que la hay en esta tierra»*. De su boca, sin embargo, nunca salió ninguna recriminación oficial, ninguna protesta.

La tristeza que conllevó esta renuncia injustificada, incluso ilícita, se disolvió en la oración.

Sus dotes humanas y espirituales le permitieron aceptar la dimisión y afrontar la prueba con fortaleza y sabiduría humana.

Oficialmente fue él quien renunció al cargo, pero en realidad fue inducido a renunciar el 10 de mayo de 1948.

Es cierto que a juicio del Visitador general era un poco débil e inseguro como Superior; pero según muchos hermanos se trataba más bien de una actitud de prudencia por parte del Siervo de Dios, de su esfuerzo por preservar la unidad, la concordia y la paz, y de su loable tendencia a desdramatizar las situaciones más delicadas. Por otro lado, era muy humilde y no estaba en absoluto apegado a los puestos de mando, al contrario, siempre disponible y dispuesto a obedecer a los Superiores.

Para los hermanos las acciones concretas del Siervo de Dios valían mucho más que muchos tratados sobre la caridad y la vida religiosa; su humildad era más elocuente que muchos discursos, y en las cartas circulares insistía en la piedad, la bondad para con los hermanos y la compasión sincera por los enfermos. Ponía todo su celo en difundir la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, su preocupación por la salud física y espiritual de los hermanos y los enfermos eran un reflejo de su profunda espiritualidad, del alto grado que alcanzó en el ejercicio de las virtudes teologales y morales, y en la observancia de los votos, incluido el cuarto voto de la hospitalidad.

Nuestro Gagnon brilló en el amor de modo extraordinario, sobre todo durante sus mandatos como Superior. Siempre encontraba tiempo para alimentar, lavar y servir a los enfermos, reservándose a menudo los enfermos más repugnantes e infectados, y las tareas más ingratas, demostrando su gran capacidad para acoger al otro y su disposición a servir, cualidades que despertaban a su alrede-

dor una resonancia de simpatía, especialmente en Vietnam.

A pesar de sus compromisos administrativos y de dirección en la Provincia, el Hno. William pasaba al menos una hora al día al lado de los enfermos para lavarlos, darles de comer, cuidarlos y consolarlos en el sufrimiento. Con frecuencia invitaba a los hermanos a ser mejores, a cultivar la espiritualidad de la Orden Hospitalaria, diciendo: *«Nuestra vocación es estupenda; cuidar a Cristo en los miembros que sufren y llevarlos a Jesús a través de nuestra vida de entrega y de caridad. Pero para poder hacer esto, es necesario tener una fe grande, que nos haga ver en todo momento en todos nuestros hermanos, sean los que sean, al mismo Jesús, Nuestro Señor. Esta fe ardiente se obtiene mediante la oración».*

En él era evidente la primacía del amor, de su lógica y dinámica, incluso respecto a cosas útiles, que se desvanecen sin su sentido caritativo. Estaba convencido de que la misma guerra que se combatía en Vietnam, continuaría a ultranza sin la caridad, mientras que con la caridad hubiera cesado en seguida: *«Si no se hace por amor y caridad, nada puede ser bueno y útil, hace falta caridad».*

Y recordando las enseñanzas de San Juan de Dios decía: *«Tened siempre caridad; porque donde no hay caridad, no hay Dios, aunque esté en todas partes».*

Ayudar, amar, distribuir, compartir, cuidar, ser amable, altruista, benévolo, compasivo, empático, generoso, atento: estos son los verbos y adjetivos

que usaríamos para esbozar la vida de caridad del Hno. William.

El Siervo de Dios supo ser humilde portador de concordia y armonía entre los hermanos, los enfermos y el personal de la obra, suavizando los conflictos y respetando las diferencias culturales de todos y cada uno.

Una expresión particular de caridad es el cuarto voto de la Orden, el de la hospitalidad, que el Siervo de Dios practicó con radicalidad, paciencia y perseverancia. Fue fiel a la vocación de la hospitalidad, que extendió siempre a todos sin discriminación social, política o religiosa. Escribió a los hermanos: *«Es mejor elegir la hospitalidad bien hecha y dejar que el mundo se quede con sus halagos».*

Ante a las dificultades que encontró en su misión, por el servicio a los enfermos, enfrentó con voluntad tenaz y precisa cualquier situación que surgía como consecuencia de las condiciones bélicas y de guerrilla, dando prueba de valentía y gran fuerza interior.

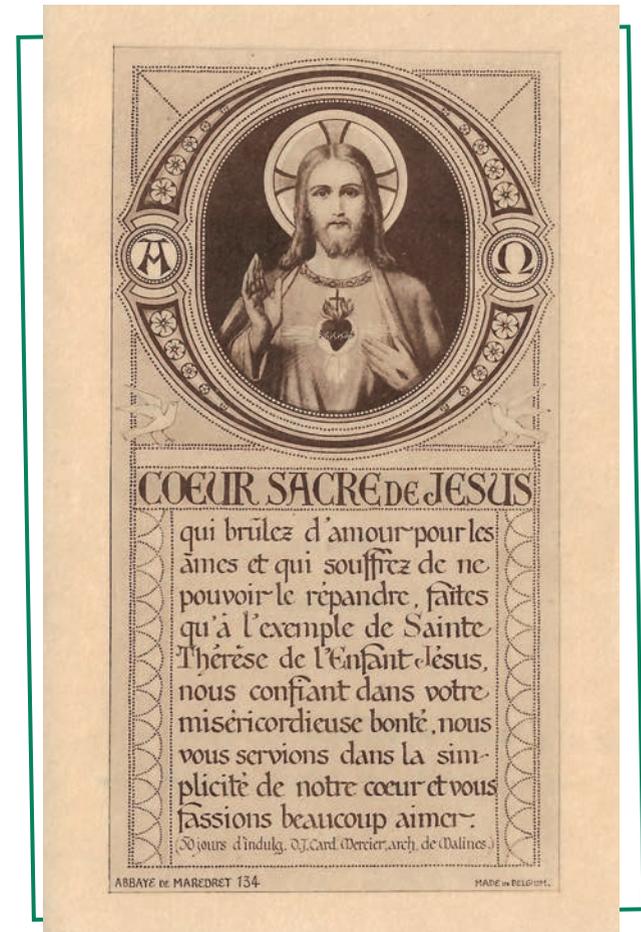
ESPIRITUALIDAD CRISTOCÉNTRICA Y MARIANA

La espiritualidad del Hno. William giraba en torno a la Divina Providencia, al Niño Jesús, a Notre-Dame de la Merci, al Sagrado Corazón de Jesús, a las Llagas de Jesús y a San Juan de Dios. Oraba mucho y con gran recogimiento; su mirada se fijaba a menudo en el Tabernáculo en actitud serena y meditativa. Amaba a todos sin distinción, era afable y austero, digno y discreto; era la bondad en persona, especialmente con los enfermos, que eran sus preferidos y los trataba como a hijos, la misma actitud que tenía con los jóvenes aspirantes. Tenía el don de ser animador de grupo y se hacía querer. Nunca mostró indiferencia hacia nadie, sino comprensión para con todos; más que un Superior era un hermano, consciente de sus grandes responsabilidades, que asumía confiando en la ayuda divina.

El Hno. William tenía un excepcional «espíritu de niño». Confiaba con ternura en la Providencia de Dios Padre, bueno y misericordioso, que ama a sus hijos y pide su colaboración. A menudo decía a sus hermanos: «*Vengo a vosotros como padre*».

Su especial devoción al Sagrado Corazón está presente en muchas de las cartas que envió a los hermanos como Provincial. Además, cuando recibía a los hermanos, los novicios o los postulantes para conversar, nunca dejaba de darles una estam-

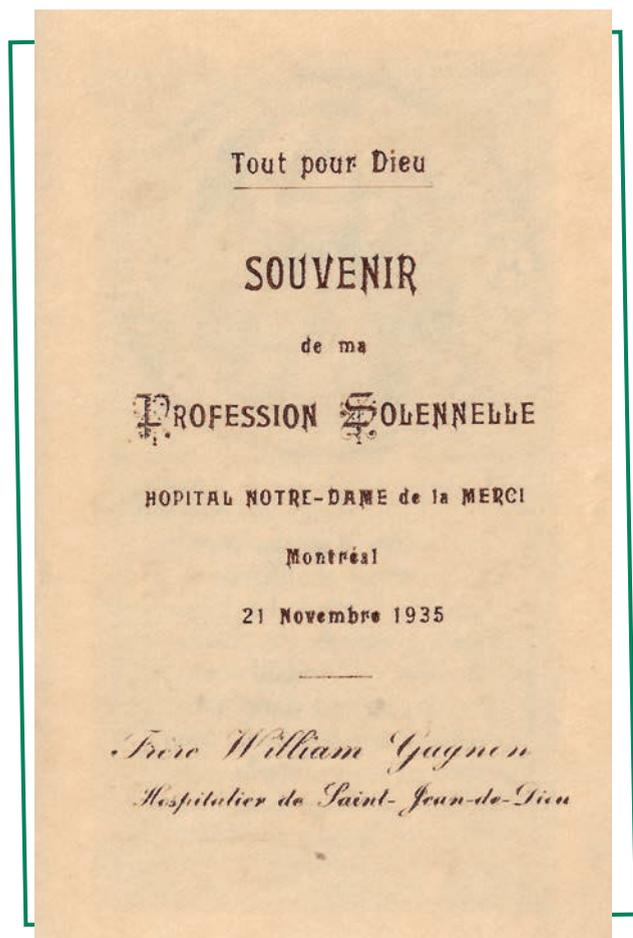
pita del Sagrado Corazón, exhortándolos a confiar en Él. Durante un retiro espiritual consagró a toda la comunidad al Sagrado Corazón de Jesús. En los momentos difíciles de la guerra en la misión vietnamita, varias veces sus colaboradores escucharon



Recuerdo de la Profesión solemne, 21 de noviembre de 1935 r.

que murmuraba: «Sagrado Corazón de Jesús, ¡confío en Ti!».

En el Hno. William la devoción a la Eucaristía era evidente, por sus constantes visitas al Santísimo Sacramento; cada vez que pasaba al lado de la capilla, siempre se paraba unos minutos para orar y a



Recuerdo de la Profesión solemne, 21 de noviembre de 1935 v..

veces permanecía en adoración incluso durante la noche. Cuidó especialmente la práctica de los primeros viernes de mes, durante los cuales se exponía la Eucaristía y, por turnos, todos los hermanos hacían la hora de adoración. A menudo se le veía con el rosario en las manos; recurría continuamente a la Virgen María y a ella atribuyó el milagro de haber salido ilesos de los bombardeos. De hecho, colocó una estatuilla de Nuestra Señora de Fátima en dirección hacia los enfrentamientos armados.

Como el Niño Jesús, extender la mano hacia María de Nazaret: este era el pensamiento profundo del Hno. William.

Desde su juventud hasta el último momento de su vida, en cada circunstancia imploró el apoyo y el amor de la Virgen María, Reina del cielo y la tierra, sabiendo que la Virgen lleva a todos en su corazón y que Ella respondería a sus peticiones.

Con el mismo afecto que uno tiene por un ser querido, puso en su despacho de Montreal una imagen del Sagrado Corazón de María. En la entrada del noviciado hizo erigir una estatua para animar a los novicios a vivir la devoción a la Madre de Dios. Un día, ofreció una estatuilla de la Virgen a un joven hermano hospitalizado.

Uno de sus hermanos, el Hno. Gaston Morin, que era novicio cuando el Hno. William era Superior, dijo que observando a los frailes y al Hno. William durante la meditación se notaba que este último asumía la actitud de quien está en presencia de Alguien. En la capilla nada lo distraía, solo los gritos de

algún enfermo. Siempre sonreía y se abandonaba a la Providencia a pesar de las pruebas y reveses que tuvo que afrontar.

Sabía cómo minimizarlo todo. Si se encontraba con gente pobre sin familia ni hogar, abandonada por todos, hacía todo lo que estaba a su alcance para ayudarles, dando generosamente aquello de lo que podía disponer. Tenía el don de saber consolar: un enfermo hablaba con él y salía sereno. ¿Y qué decir del don de la hospitalidad? Su generosidad no tenía límites, no era capaz de decir que no.

Recitaba a diario las Letanías de la Santa Virgen y deslizaba el rosario entre sus dedos, sosteniéndolo debajo del escapulario, entre la sotana ya vieja y parcheada y el cinturón de cuero deformado por el tiempo.

Mientras estaba en Vietnam, nuestro «buen samaritano» a menudo hacía sus retiros espirituales con los Padres Redentoristas y aprovechaba esos momentos para hacer excursiones en Jeep en Fyan, cerca de los Koho, una de las treinta y tres tribus que vivían en las zonas montañosas.

Uno de los Padres Redentoristas hacía de chófer y de intérprete para la gente del pueblo y nuestro «aventurero». El Hno. William cargaba en el vehículo todo lo necesario para un dispensario improvisado.

En 1970 el Hno. William fue a un leprosario dirigido por las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Admiraba la entrega de las hermanas para con esos enfermos marginados de la sociedad.

Nuestro Siervo de Dios supo unir el aspecto espiritual con el temporal; lo hacía todo para Dios. En su espiritualidad todo estaba unido.

Vivía verdaderamente una experiencia de vida unificada.



Altar del Sagrado Corazón de la capilla del Hospital Sagrado Corazón en Bui-Chu 1952.

APERTURA A LA MISIÓN

Después de su renuncia como Provincial en 1948, el Hno. William fue trasladado a Quebec y nombrado primer Consejero Provincial y Prior del Hospital San Agustín en L'Ancienne-Lorette, donde se encargó de la animación vocacional. El 17 de enero de 1950 murió su padre, Delphin Gagnon, a la edad de 69 años. Entre octubre y noviembre de 1950 sustituyó al Superior Provincial que había ido a Europa, mientras la Providencia lo preparaba para

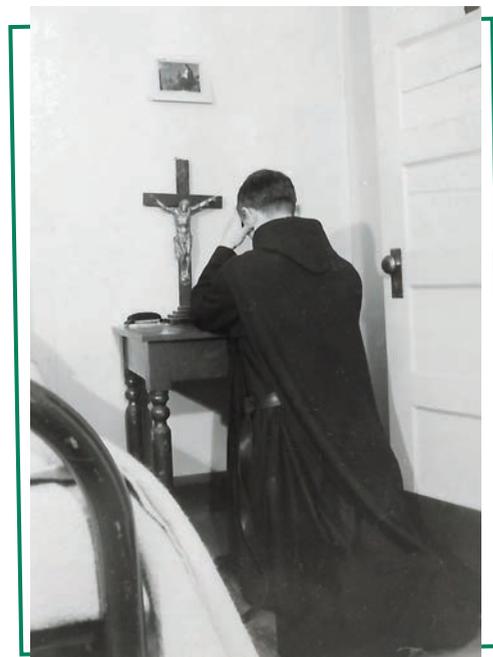


El Hno. William en su habitación, Hospital San Agustín en L'Ancienne-Lorette 1948-1951.

dejar su patria, familiares y hermanos, y hacer de él un auténtico misionero.

De hecho, la Provincia Canadiense de los Hermanos de San Juan de Dios estaba planeando la fundación de la Orden en Vietnam. William Gagnon, aunque sabía lo que le esperaba en ese lejano país, el 24 de diciembre de 1950 presentó la solicitud para ser misionero entre los pobres.

Su petición fue aceptada, junto a la de otros dos hermanos y el 19 de octubre de 1951 el Definitorio Provincial adoptó la resolución de enviarlos de misión a Indochina. Así, con una circular del 24 de octu-



El Hno. William en oración.

bre de 1951 inspirada en la Encíclica *Evangelii praecones* sobre el anuncio del Evangelio, el Provincial de Canadá, el Hno. Exupère Vien, comunicó el nombramiento del Hno. William como Superior fundador de la misión en Indochina, exhortando al Siervo de Dios y a sus hermanos a «llevar la antorcha de la caridad, según la misión oficial que nuestra Orden ha recibido de la Iglesia en esta gran área de Indochina».

Fue así que el Siervo de Dios, con 46 años y ya enfermizo, emprendió un viaje interminable con los hermanos Norbert Laserte y Richard Larivée, que duró aproximadamente un mes. Los tres hermanos llegaron a Indochina el 18 de enero de 1952, precisamente a Bui-Chu, (Vietnam del Norte) al Hospital del Sagrado Corazón, que una comunidad religiosa femenina había dejado en 1950 debido a la inseguridad política. Sin embargo, a causa de la guerra del 15 de junio al 10 de julio se vio obligado a abandonar Bui-Chu y se refugió primero en Hanoi,



El Hno. Norbert, el Hno. William y el Hno. Richard a punto de partir hacia Vietnam, 1951



Hospital de Honai, 1956.

después en Dalat (Vietnam del Sur) en la casa de los Redentoristas, donde él y sus hermanos permanecieron algunos días. Más tarde, un avión los llevó a Nam-Dinh, donde fueron recibidos por una delegación de sacerdotes y seminaristas. A la mañana siguiente, después de pasar la primera noche en la sede episcopal, les despertó el fuego cruzado de la artillería. Una vez que llegaron al viejo hospital, en seguida tuvieron que atender a un joven que llegó en camilla, en estado muy grave; además de tener heridas en varias partes del cuerpo, había perdido una pierna debido a una bomba que explotó a poca distancia de donde se encontraba. Lamentablemente, el hospital ya no tenía la farmacia, por lo que no disponía ni siquiera de un vial de morfina para calmarle el dolor. El pobre hombre no era cristiano, pero deseaba serlo y antes de morir fue bautizado. El obispo también llegó inmediatamente y dijo a los hermanos: «¡Ya veis cuánto os necesitamos!».

El 28 de julio de 1953 fue nombrado Prior del Hospital del Sagrado Corazón en Bui-Chu. Durante la invasión comunista de julio de 1954 fue amenazado de muerte y perdió el Hospital del Sagrado Corazón en Bui-Chu. Entre septiembre y octubre de

1954 recreó la obra en una vieja cárcel de Tam Hiep (Vietnam del Sur). Entre los meses de julio y agosto de 1955 comenzó la construcción de un Hospital en Honai, provincia de Bien-Hoa. El 8 de agosto de 1956 fue nombrado Superior de la Misión de Nuestra Señora del Buen Consejo de Honai (Bien-Hoa) y Delegado Provincial.

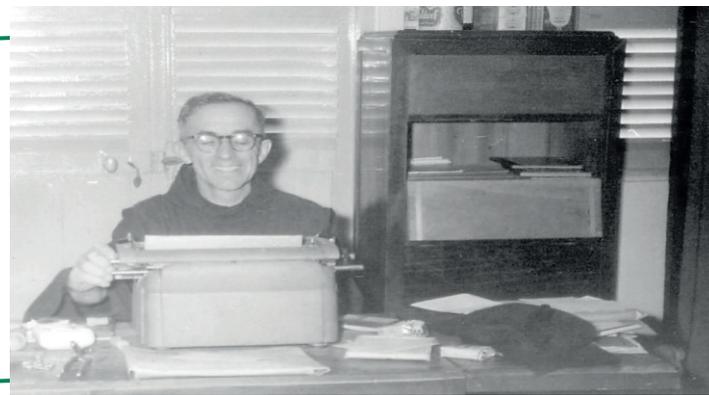


El Hno. William recibe los votos de un joven profeso, 1960.

CORRESPONDENCIA

El Hno. William apreciaba el contacto epistolar con la gente, como si quisiera dar señales de vida. Escribía sobre todo a su familia religiosa, pero también a su familia en Nueva Inglaterra. Utilizaba papel con membrete y escribía a máquina poniendo una hoja de papel de seda y el papel carbón. Guardaba copias de las cartas que enviaba por correo, que tardaban unas dos semanas en llegar a su destino.

Cuando una carta no trataba asuntos canónicos, anotaba en los márgenes las noticias para sus jóvenes hermanos, ahorrando así tiempo y dinero. Compartía con ellos también la lectura de ciertas cartas. Era una forma de romper el aislamiento en el que se encontraban los hermanos y de mantener los lazos con Canadá.



El Hno. William aplicado a la correspondencia.

La compasión del Hno. William lo hizo sensible a la experiencia de los demás y la practicó también a través de la correspondencia.

Un día el Hno. William observó que un joven misionero estaba triste; lo invitó entonces a ponerse en contacto con sus padres, especialmente con el papá. Entre ambos, de hecho, se había establecido una cierta frialdad. El propio Hno. William tomó la iniciativa de escribir directamente al Provincial de Canadá, que se encontraba en casa del tío materno y al Padre espiritual de este hermano.

Esta iniciativa ayudó a restablecer gradualmente las relaciones entre el joven misionero y sus padres.

UN AMOR VIVO

Desde la guerra de Indochina, el Hno. William había suplicado al Cielo que protegiese la Misión Hospital del Sagrado Corazón en Bui-Chu.

Dada la intensidad y la dirección de los disparos, expuso la estatuilla de la Virgen de Fátima para proteger la Misión. Con este gesto sencillo esperaba que la Virgen abriese los ojos y el corazón de los beligerantes y los llevara a dialogar para establecer un alto al fuego y emprender nuevas iniciativas de paz.

Las paredes de la Misión estaban rodeadas de alambre espinado, símbolo de la desesperación, pero, a pesar de ello, la Misión era el símbolo de



Vista panorámica del Hospital Sagrado Corazón en Bui-Chu, 1952.

cómo la compasión y la entrega pueden acallar el ruido estruendoso de la muerte, y sobre todo defender y hacer respetar la dignidad de las personas.

A veces el enemigo lanzaba granadas sobre el techo inclinado de la capilla. Solo se escuchaba el ruido sordo de la granada cuando aterrizaba, luego rodaba hasta el suelo para perderse en la hierba húmeda de la madrugada.

El Cielo al parecer no quería rendirse. En este rincón del país los hermanos de San Juan de Dios tenían en sus manos las «granadas de la caridad».



Momento de fraternidad.

GESTOS DE HUMILDE HOSPITALIDAD

El Hno. William cuidaba de los enfermos, los pobres y los refugiados como para reparar los sufrimientos de Cristo en la cruz. Para este misionero, el alivio de los sufrimientos de Nuestro Señor era su razón de ser. En su habitación, a menudo se arrodillaba delante del crucifijo.

Durante la Eucaristía y en el tiempo de adoración meditaba sobre la vida, pasión y resurrección de Nuestro Señor. De esa muerte injusta y absurda brotó la Vida.

El Hno. William contemplaba y actuaba. Se sentía poco preparado sobre las teorías académicas e indigno de recibir honores; siempre prefirió situarse en el último lugar. Se sentía más útil sosteniendo la mano de un enfermo o preparando el cuerpo de un difunto para la sepultura.

El paciente que se curó el día antes, la familia que atendió por la mañana en el dispensario, el cuerpo del difunto enterrado por la tarde: el Hno. William presentaba a Jesús toda esta humanidad desgarrada por el sufrimiento.

A través de ella, su Corazón latía al ritmo de la Verdad: Cristo.

El respeto por los enfermos para él era una regla absoluta, un modo genuino para practicar el voto de la hospitalidad, propio de los hermanos de la Or-

den Hospitalaria de San Juan de Dios. Impresionaba verlo arrodillado frente a la cama de los enfermos para curar sus heridas y llagas, incluso las más repugnantes.

El Obispo de Xuân Lộc relata, casi como una página del libro *Las florecillas de San Francisco*, un hecho que da prueba de cuán grande era el amor que vivía Gagnon. Se lee:

«Uno de los primeros días del año vietnamita, un paciente con graves problemas pulmonares fue llevado de urgencias al hospital. El Hno. William lo tomó en brazos. Este hombre enfermo vomitó sangre en el sue-



El Hno. William atiende a un herido de guerra, 1953.

lo de la habitación y sobre el hábito del Hno. William, y murió. El Siervo de Dios lo besó sosteniéndolo entre sus brazos, sin repugnancia, y lo llevó al dormitorio. La fe y el amor lo ayudaron a vencer y superar la repugnancia ante ciertas situaciones desagradables para nuestra frágil naturaleza humana».

Numerosos hermanos han declarado que su vocación se vio fortalecida al ver cómo el Hno. William trabajaba al lado de los enfermos.

La dedicación y la humildad con las que trabajaba y su capacidad de compartir los sufrimientos de los demás en un cierto sentido también involucra-



Visita a la Comunidad del Obispo local, Mons. Pham-Ngoc-Chi, enero de 1952.

ron a sus colaboradores y en el hospital, lugar de sufrimiento, se creó un clima de serenidad y paz.

Un hermano cuenta que el Hno. William era como un padre, lleno de bondad y amor. A veces se enojaba o se irritaba por la dificultad de la lengua y cuando se daba cuenta inmediatamente pedía perdón.

El Siervo de Dios vivía el cuarto voto de la hospitalidad siempre contento con lo poco que tenía, mientras que se preocupaba mucho por los demás. Daba la impresión de una persona que siempre



La Comunidad de Bui-Chu, 1953.

quería favorecer al prójimo; para sí mismo no pedía nunca nada. Vestía un hábito remendado y gastado.

Tenía un gran espíritu de servicio: con frecuencia se reservaba los trabajos más despreciables, como arrancar la maleza, eliminar la suciedad o limpiar los baños.

Un testigo afirma: *«Estuve con el hermano varias veces y observé que se dedicaba completamente al cuidado de los enfermos. Cada mañana iba al mercado con su coche para comprar víveres y otras cosas que necesitaban los enfermos. Por la tarde los visitaba y controlaba sus condiciones de salud. Cuando veía que las salas estaban sucias, se arremangaba las mangas de la sotana y se ponía a limpiar. Todos los sábados repartía arroz y leche para los pobres enfermos. Prodigaba todo su amor en el servicio de los enfermos y los pobres».*

El Hno. William cuidaba de los enfermos, los pobres y los refugiados como para reparar los sufrimientos de Cristo en la cruz. Para este misionero, el alivio de los sufrimientos era su razón de ser. Delante del Crucifijo encontraba el sentido de su vida y su sufrimiento.

¡HERMOSO CONCIERTO!

El Hno. William usaba esta exclamación en sus cartas, para hacer alusión a las explosiones de las bombas y las armas de fuego. De este modo quería ridiculizar la maldad de los hombres, cegados por su poder de destrucción. En su opinión, esta brutalidad al final desaparecería y se acabaría la pesadilla.

Cuando las explosiones nocturnas —casi piro-técnicas— inflamaban el cielo, el Hno. William se dirigía a la capilla. Allí, solo o en compañía de un hermano, imploraba la ayuda del Cielo para que el Señor protegiese a todos los refugiados que vivían momentos de terror. Le pedía a la Virgen María que volviera a haber paz en el corazón de todo hombre.

Las escenas de guerra pronto fueron habituales. A pesar del riesgo y las dificultades, el Hno. William enfrentaba las pruebas del conflicto confiando en Dios. A los hermanos que le preguntaban si no tenía miedo de que le alcanzara una bomba u otro proyectil respondía: «¡Debemos confiar en la Providencia de Dios! Dios nos protege siempre, por su misericordia. El tiempo es de Dios. Vivir o morir, Él decide. *¿De qué tenemos miedo?*». El ejemplo del Superior animó mucho a los hermanos, más decididos que nunca a permanecer allí pasara lo que pasara. Y de esta valentía, precisamente, nacieron numerosas vocaciones.

El Hno. Jean de Dieu Spenard, que tuvo al Siervo de Dios como superior en el noviciado y después trabajó con él durante nueve años en Vietnam

cuenta: «*El Hno. William, a pesar de que no tenía un buen dominio de la lengua local, era el más querido y admirado por los vietnamitas. Estos no entendían cómo podía ser que ese extranjero fuera una persona tan humilde y tranquila a pesar de sus graves obligaciones, siempre dispuesto a escuchar a todos. Estaban seguros de que él comprendía sus necesidades: con esta actitud se ganó sus corazones. Durante los primeros años de vida misionera siempre lo vi igual: como hermano ejemplar que era, nos invitaba a seguirlo aceptando los encargos más humildes como ocuparse del gallinero, de la cría de los cerdos, del jardín o de ir al mercado para la compra diaria. Siempre hacía todo el bien que podía. Predicaba más con el ejemplo que con palabras, y esto despertaba asombro*». El hecho de que predicaba más con el ejemplo que con palabras es algo de lo que hablan continuamente todos los que le conocieron.

Los tres hermanos hospitalarios de la misión tenían que hacerse cargo del Hospital del Sagrado Corazón de Bui-Chu y del dispensario anexo, situados a 120 km. al sur de Hanoi, en el delta del Río Rojo. Una tarea especialmente difícil: sustituir en un edificio ruinoso y sin medicamentos ni equipos médicos al personal cualificado, sobre todo el de nacionalidad francesa, que se había marchado cuando se agravó la situación, dejando a la población local sin asistencia hospitalaria. Atribuía los éxitos obtenidos a la Virgen de Fátima, cuya estatua presidía la entrada de la aldea, y al Sagrado Corazón de Jesús.

UN MISIONERO PORTADOR DE ESPERANZA Y PERDÓN

Durante el conflicto el Hno. William sufrió con el pueblo vietnamita el hambre y la falta de bienes de primera necesidad, pero no dudó en ocuparse de los niños, los ancianos y los pobres, de sus cuerpos destrozados por las ametralladoras y las bombas. El Siervo de Dios los curaba a todos, sin hacer ninguna distinción por motivos políticos o sociales, sin mirar si eran guerrilleros o soldados, para él no había diferencia. Manifestó al Gobierno la necesidad de tratar todo tipo de enfermedades y pacientes en el hospital, sin ninguna discriminación política o étnica.

En 1954 el norte del país estaba a punto de caer en manos de los comunistas. Había que hacer frente a las varias emergencias que conllevaba la afluencia de refugiados, cada vez más numerosos hacia el sur, unos ochocientos mil. Además de vacunarlos a todos contra la viruela y el cólera, junto con los Padres Redentoristas, los hermanos les ayudaron a ponerse a salvo. La situación en ese momento era realmente peligrosa. El Hno. William, en una carta que escribió a su hermana Marie-Eva, mencionaba el gran riesgo en el que se encontraba la comunidad debido a un enfermo.

En efecto, este enfermo grave, al cual el Hno. William y otros dos hermanos habían proporcionado asistencia y atención médica, dio una fotografía

suya a un grupo de guerrilleros. Nunca se llegó a saber cómo y cuándo se tomó esta fotografía, pero el riesgo de la detención e incluso la pena de muerte se cernía sobre las cabezas de los hermanos.

Ante esta situación, el Hno. William pensó en Jesús en el Huerto de los Olivos.

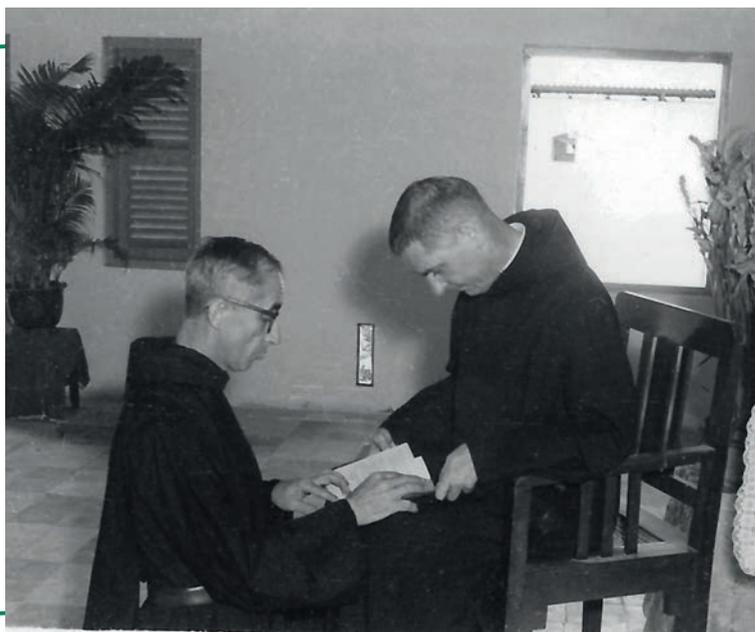


El Hno. William en un momento de descanso, 22 de diciembre de 1957.

Recordó que había aconsejado a dos sacerdotes belgas que fueran muy prudentes. Estos, quizá por inconsciencia, no se preocuparon demasiado y no escucharon su advertencia. Los guerrilleros los capturaron y más tarde se supo que habían muerto en la cárcel.

Siguiendo el consejo del Obispo, nuestros tres hermanos canadienses se alejaron unos días de la Misión.

«A veces —solía contar el Hno. William recordando esta historia— *aquellos a quienes ayudamos o atendemos nos lo agradecen con la ingratitud. Es*



25 aniversario de la Profesión religiosa, 22 de diciembre de 1957.

más, la ingratitud es proporcional a la ayuda que han recibido».

En 1956 el Hno. William fue nombrado Superior del nuevo hospital en Honai, al que quiso dar el nombre de Nuestra Señora del Buen Consejo, según una promesa que había hecho antes de ir hacia el sur del país. Las dificultades no eran pocas, pero la Providencia siempre respondió con generosidad a los esfuerzos de los hermanos. En medio de estas contrariedades florecieron nuevas vocaciones. Había ya diecisiete jóvenes postulantes que querían prepararse para la vida religiosa hospitalaria. Es sorprendente que, a pesar del poco conocimiento que tenía de la lengua vietnamita, «el Hno. Nhan», como llamaban al Hno. William, estuviese en boca de todos. Su gran sencillez, bondad, humildad, la sonrisa en su rostro demacrado por el cansancio con la que servía a los enfermos realizando hasta las tareas más repugnantes, hacían de él un auténtico hijo de San Juan de Dios que conquistaba a todos. Su presencia era para todos un signo de esperanza y seguridad.

CONSUMIRSE POR AMOR

Con los pies firmemente plantados en esta tierra que ahora lo había adoptado y su mirada puesta en el horizonte, el Hno. William recibía a los refugiados. Acompañado por sus hermanos, curaba las heridas del cuerpo y del alma de las víctimas de la guerra.

Oraba para que esa cruel realidad fuera solo una pesadilla de la que pudiera despertar. Supervisó la construcción de edificios que las bombas podían destruir en un instante. Por otro lado, ayudó a fabricar ladrillos, transportó arena y arcilla, al igual que los trabajadores del oficio.



El Hno. William en el mercado, 1956.

Decía siempre que sin amor toda acción es estéril, no tiene verdadera fuerza.

Este hermano procedente de Occidente se confundía con la multitud del mercado de Biên-Hòa. A su regreso, iba a la capilla para orar. Después de este breve descanso, se retiraba a la cocina para preparar una sopa nutritiva para los enfermos de tuberculosis, los más pobres entre los pobres.

A la hora de comer, insistía en que todos comieran bien. Sus hermanos trabajaban duramente para brindar atención y ayuda.

Al final de su vida, ocupaba el tiempo ordenando los medicamentos y escribiendo algunas líneas a su familia. Se disculpaba por no poder hacer más y ser una carga para sus hermanos.

Toda su vida era como una lámpara encendida que se iba consumiendo, no para sí mismo, sino para su prójimo y sobre todo para el Señor.

LÁGRIMAS DE COMPASIÓN

Aunque sentía un fuerte deseo de ayudar a la gente, a veces no encontraba las palabras para consolarlos. Y no solo eso. También le faltaban los medios quirúrgicos para salvar a una persona en punto de muerte.

Para una mujer gravemente herida, el Hno. William trató de disponer una mesa operatoria para que dos de sus hermanos pudieran intentar hacerle una amputación de emergencia.

Ante esta escena trágica se preocupó de alejar momentáneamente a sus hijos. A petición de la enferma, ya moribunda, vertió sobre ella el agua del bautismo.

La mujer emitió un estertor y murió. Tristemente, un enfermero bajo la cabeza, constatando que no se había podido hacer nada. El Hno. William se acercó con un gesto de compasión y le cerró los ojos. Entregó el cuerpo a la familia. En muchos casos, él mismo enterraba los cadáveres.

Cuando se quedó solo, miró fijamente hacia el horizonte mientras las lágrimas surcaban su rostro, pero nunca disminuyó su confianza en la misericordia de Dios.

CAPAZ DE PERDÓN

Si recibía una bofetada, el Hno. William volvía la cabeza ofreciendo otra mejilla sin resistencia.

En una actitud ofensiva, él veía una oportunidad para la redención, así como una oportunidad para perdonar.



El Hno. William dialogando en Honai, 1959.

La otra persona tenía defectos, pero también cualidades y talentos. Una discusión siempre abría la puerta a una posible reconciliación.

El Hno. William, cuando pensaba que había ofendido a alguien, se disculpaba.

A menudo actuaba como conciliador, mediando en los conflictos entre dos personas. A la primera le presentaba las cualidades de la segunda y a esta última explicaba que la primera deseaba cambiar de actitud. El Hno. William ponía de relieve las luces, sin insistir en las sombras. Veía en la fraternidad la oportunidad de acabar con el resentimiento, evitar el desprecio y reparar los lazos que parecían perdidos.



Entrega de la Medalla de Honor al Mérito, 3 de agosto de 1967.

COINCIDENCIAS EXISTENCIALES

Nuestras vidas son como muchas escenas de una película, donde solo la fecha y el escenario cambian. Compartimos nuestra condición humana bajo la atenta mirada de Dios. Esto sucede a menudo también entre un Fundador y sus hijos espirituales.

Los biógrafos de San Juan de Dios narran que un paje, para ponerlo a prueba, lo golpeó y lo hizo caer en una bañera llena de agua. La reacción del mendigo de Granada, con humildad y con sentido del humor, fue una gran sonrisa.

En el siglo XVI San Juan de Dios cargaba la leña sobre sus hombros y llenaba su capacho con sobras de comida. Cuatro siglos después el Hno. William tomaba de entre los desechos del Ejército estadounidense el material que podía servir para el hospital y para la comunidad: sillas, escritorios, tuberías, etc.

Con la ayuda de algún hermano, cargaba en el vehículo de la Misión estos materiales para llevarlos a casa.

Un día, unos soldados que pasaban se rieron de nuestro «reciclador». A sus burlas, el Hno. William respondió con grandes sonrisas. Había encontrado en ese lugar objetos que todavía podían ser útiles, practicando directa o indirectamente la hospitalidad. Fue la recompensa de ese día.

INTUICIONES PROVIDENCIALES

Entre el 30 y el 31 de enero de 1968, precisamente durante las fiestas del *Têt*, el Nuevo Año lunar vietnamita, el ejército norvietnamita y el Viet Cong atacaron por sorpresa al ejército survietnamita y a las fuerzas estadounidenses.

En los días posteriores al enfrentamiento unos 7.000 refugiados se habían asentado en el terreno de la Misión, es decir, en torno al convento, el hospital y otros edificios.

El Hno. William quedó turbado por esa multitud tan poco común. Al cabo de unas horas de la ocupación de los terrenos, comenzó a preocuparse por la insalubridad y la posible propagación de enfermedades. A regañadientes, decidió pedir a sus hermanos que dispersaran a la multitud.

Los refugiados tomaron sus pertenencias y se alejaron con los niños, cargando sobre los hombros lo poco que poseían.

A la noche siguiente se produjo otro ataque militar, que sacudió toda la región de Saigón. Algunas bombas cayeron sobre el terreno de la Misión y mataron a las pocas personas que se habían negado a irse.

Con gran asombro los hermanos se dieron cuenta de que la clarividencia del Hno. William había salvado la vida de mucha gente.

Vale la pena mencionar un segundo incidente. En verano de 1969, en un día de calor agobiante, el

Hno. William dispensó de modo excepcional a sus hermanos de la recreación en la sala de la comunidad. Todos decidieron volver al trabajo. Este hecho salvó la vida de los hermanos, ya que pocos instantes después, un misil explotó en el centro de la sala.

Sus hermanos vieron en estos acontecimientos una iluminación providencial, de la cual el Hno. William fue el mensajero.

UNA BALA ACCIDENTAL

Seguimos en el periodo de las fiestas del *Têt*, en 1968. Se libraban duros combates en los alrededores de la Misión. Se podía escuchar el rugido y el silbido de las armas, sin mencionar las explosiones de las bombas. Los hermanos se habían tirado al suelo. Se preparaban para entregar sus almas a Dios. Asustados, despertaron al Hno. William quien, todavía con voz somnolienta, les preguntó el porqué de tanto nerviosismo.

¿No se estaban preocupando demasiado? Según él, había que confiar en Dios y recuperar fuerzas para el trabajo que les esperaba al día siguiente. ¡La última hora todavía no había llegado! El tiempo pertenece solo a Dios.

Sin embargo, en ese momento se oyó el silbido de una bala y un hermano se lanzó sobre el Hno. William y lo empujó dentro de su celda. La bala destrozó un lado del frágil marco de madera de la puerta, mientras que el Hno. William mantuvo su calma habitual.

REGRESO A LA PATRIA

En agosto de 1959 el Hno. William regresó a Montreal, al Hospital de Notre-Dame de la Merci, para participar en el Capítulo Provincial previsto para octubre, durante el cual fue elegido Segundo Consejero. Se quedó en Canadá tres largos (para él) años, durante los cuales recuperó la salud. Aprovechó para visitar a la familia, especialmente a su madre, que estaba gravemente enferma. El Provincial, el Hno. Judicael Maréchaux, no quería enviarlo de nuevo a Vietnam debido a su edad (el Siervo de Dios tenía ya 57 años), al clima y a la guerra que se seguía combatiendo. Pero el Hno. William solo soñaba con volver. El periodo de descanso que le habían impuesto sus Superiores lo vivía como una gran cruz, aunque se abandonaba a la Providencia: «Si el buen Dios —decía— no quiere que algo pase, no hay nada que podamos hacer». Pero se entendía que su corazón estaba en Vietnam.

Finalmente, a finales de 1962 se le concedió regresar a Vietnam. El Hno. William hizo escala en Roma para presentar su dimisión como Segundo Consejero Provincial, mientras que mantuvo el cargo de Prior del Hospital Nuestra Señora del Buen Consejo en Bien-Hoa de Honai hasta 1968.

Más tarde, la salud del Hno. William empeoró. Al no sentirse ya capaz de desempeñar plenamente su tarea, para no ser un peso para la comunidad de la misión ya sobrecargada de trabajo, en abril de 1971 sorprendentemente pidió poder regresar a Canadá. Sus superiores aceptaron su petición con una

carta de 4 de julio de 1971. Sin embargo, debido a un contratiempo, el Padre Provincial el Hno. Elia Le Gresley le rogó que se quedara un poco más en Honai para ayudar al Superior a dar un buen ejemplo a los novicios vietnamitas. El Hno. William se puso a disposición del Padre Provincial, obedeciendo de todo corazón a esta solicitud; está claro que no podía contradecir sus enseñanzas, pues cuando era Provincial en una carta de 23 de diciembre de 1944 escribió: «Especialmente para vosotros, hermanos profesos, le pido a Dios que os colme de sus gracias y os haga comprender cada día más la dura tarea que os ha asignado, o sea, dar siempre el buen ejemplo a los hermanos jóvenes, orientarlos y hacer que comprendan la belleza de nuestra vocación hospitalaria, cumpliendo con todos nuestros compromisos y obligaciones religiosas».



El Hno. William con el Hno. Elie Le Gresley, agosto de 1968.

Este retraso de su regreso a Canadá resultó fatal para la salud del Hno. William, quien en septiembre sufrió un grave ataque de flebitis que le causó un dolor continuo e insoportable en las piernas. Luego, el 23 de diciembre, un infarto de miocardio lo obligó a permanecer en cama durante siete semanas. Al sufrimiento de la enfermedad se unió la de no poder ayudar a nadie: él se lo ofreció todo al Sagrado Corazón, su constante referencia espiritual. Sus condiciones empeoraron todavía más, tanto que el 28 de febrero de 1972, después de varios infartos, se decidió que fuera trasladado al hospital estatal de Saigón, donde fue mejor atendido. Pero ya era demasiado tarde, a las pocas horas de su llegada, a las 12:05 h. de ese mismo día, el Siervo de Dios expiró en los brazos de un hermano. Había recibido los sacramentos antes de ir al hospital. Sus últimas palabras fueron: «¡Dios mío!».

ENVUELTO EN UN LECHO DE HOJAS DE TE

El Hno. William, antes de tomar cualquier decisión se encomendaba siempre a Dios en la oración, y así lo hizo durante su discernimiento para ingresar en la Orden Hospitalaria; oró en el Santuario Sainte-Anne de Beaupré, de los Redentoristas, cerca de la ciudad de Quebec, en Canadá.

Su relación con los Redentoristas lo acompañó a menudo, también durante su estancia en Vietnam; de hecho, cuando intentó fundar una obra en Bui-Chu, Hanoi y Honai, le acompañaban algunos misioneros redentoristas canadienses, que estuvieron cerca de él hasta su muerte.



El Hno. William y su enfermero el Hno. Maurice Clement en Honai, Bien-Hoa, 25 de febrero de 1972.

Enviaron hojas de té de su plantación a la Misión de Honai. Y el día de su muerte, se expuso el cuerpo del Hno. William sobre una sábana blanca, extendida precisamente sobre un lecho de hojas de té. Mientras su cuerpo descansaba sobre estas hojas, el Cielo dio la bienvenida a su alma.

Un pelotón militar veló el féretro como reconocimiento por el servicio que él y sus hermanos habían prestado a la población. Ya en 1967 el Primer Ministro, el general Nguyen Cao-Ky, le había otorgado la medalla de Honor al Mérito con la misma motivación.

En la homilía el celebrante repitió una frase que los hermanos habían escuchado con frecuencia de labios del Hno. William: *«He elegido este lugar como mi patria»*.

La gente de Honai quiso que el cuerpo fuera colocado en un ataúd de preciosa madera de teca, que luego enterraron en una tumba hecha de bloques de mampostería, donde descansa todavía hoy cerca de la capilla y al pie de la estatua de la Sagrada Familia tan querida para él.

Son muchos quienes han dado testimonio de su santidad. La suya fue una santidad

del día a día, para los pobres y los enfermos que entraron en contacto con este apóstol del Evangelio fue un gran evangelizador, un faro de esperanza seguro. Ejemplo de una caridad sin límites, el Siervo de Dios *se hizo todo para todos*, como explicó una empleada del hospital donde trabajaba el Hno. William.

Un verdadero hijo de San Juan de Dios.

En 1999 se abrió la Causa de Canonización. El 14 de diciembre de 2015 el Sumo Pontífice, el Papa Francisco, reconoció sus virtudes heroicas y lo proclamó Venerable.



Tumba del Hno. William.

DE LOS ESCRITOS DEL HNO. WILLIAM GAGNON

«Recordad que todo es fácil para quien ama, mientras que todo pesa y cansa para quien no ama. Le disgusta incluso lo que podría darle felicidad».

«Los honores no son más que humo, un entusiasmo pasajero. Lo único que permanece es el poco bien que hemos hecho. Seamos agradecidos con el Señor por habernos dado estas alegrías en cada momento».

«Es cada vez más evidente que no obtendremos la paz con las armas sino con la oración y el amor».

«Las heridas del Sagrado Corazón de Jesús son mi único consuelo, y solo en Él puedo encontrar la felicidad, si es que existe en esta tierra».

«No me importa el título. Lo esencial es someterse a la voluntad divina».

«Seamos ante todo hombres de oración. Sin la oración no podemos obtener ninguna gracia y, sin la gracia, no podemos hacer nada».

SAN JUAN DE DIOS FUNDADOR DE LA ORDEN HOSPITALARIA DE LOS HERMANOS DE SAN JUAN DE DIOS

No todos saben que el verdadero nombre de San Juan de Dios era Juan Ciudad y que era originario de Montemor-o-Novo, en Portugal. Permaneció en esa ciudad hasta los ocho años, cuando llegó a Oropesa, en España, y fue acogido por la familia de Francisco Cid, llamado «el Mayoral». En dos ocasiones abandonó Oropesa para participar como soldado en la guerra: la primera vez en Fuenterrabía, en los Pirineos, la segunda vez en Viena para luchar contra los turcos. Desde Viena llegó a España y regresó a su país natal. A partir de aquí comenzó un periodo de búsqueda continua de la voluntad del Señor para él. Sevilla, Ceuta (Marruecos), Gibraltar y por fin llegó a Granada, donde se estableció como librero. Después de escuchar un sermón de Juan de Ávila en la Ermita de los Mártires el 20 de enero de 1539, día de San Sebastián, sintió una transformación dentro de sí mismo y comenzó a gritar al mundo su «locura», hasta tal punto que le creyeron loco y le encerraron en el Hospital Real de Granada. Unos meses más tarde, salió de allí dispuesto a seguir al Señor. Se puso bajo la guía de San Juan de Ávila. Después hizo una peregrinación al Santuario de la

Virgen de Guadalupe y, al volver a Granada, dio inicio a su obra, corriendo en ayuda de los pobres enfermos y necesitados. Trabajaba, pedía limosna, reunía a los pobres y las prostitutas por la calle: poco a poco se unieron a él voluntarios y bienhechores. Su forma de pedir caridad era muy original: «¡Haced el bien, para vuestro bien! ¡Haced el bien, hermanos!». En otoño de 1539, en la calle Lucena fundó su primer hospital, la casa de Dios, donde todos podían encontrar hospitalidad. Junto a los primeros compañeros organizó la asistencia según las exigencias de aquellos a los que consideraba «sus» pobres. El arzobispo de Granada, en ese mismo año, le confirió el hábito religioso y le confirmó el nombre que el pueblo le había dado: «Juan de Dios». En 1547 el Hospital se trasladó a la Cuesta de Gomérez. Juan murió el 8 de marzo de 1550 con gran fama de santidad. Sus primeros compañeros dieron después inicio a la fundación de la Orden de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, *Fatebenefratelli*. El proceso de beatificación tuvo lugar en 1630. El 16 de octubre 1690 fue canonizado por Alejandro VIII. Fue declarado Patrono celestial de los hospitales y los enfermos por León XIII en 1886, y Patrono celestial de los enfermeros y sus asociaciones por Pío XI en 1930. Pío XII, en 1940 lo proclamó segundo Patrono de Granada. San Juan de Dios es, como hombre, un ejemplo de disponibilidad y apertura al prójimo.

ORACIÓN DE INTERCESIÓN

Oh Jesús misericordioso y Buen Samaritano, en la sencillez y el amor del Venerable Siervo de Dios William Gagnon nos mostraste un camino de santidad evangélica, para seguirte con fe con fe firme y servirte en los enfermos y los necesitados.

Te rogamos que nos ayudes a imitar su ejemplo de amor por el prójimo; por esto lo elegimos como nuestro modelo e intercesor.

Por tu inmensa bondad, Señor, manifiéstanos su santidad, concediéndonos por su intercesión tus bendiciones y la gracia que ahora te pedimos....., para que la Iglesia reconozca el testimonio y la santidad de tu fiel Siervo William Gagnon, para mayor gloria tuya.

Padre nuestro..., Ave María..., Gloria al Padre...

Para informaciones:

Postulazione Generale

Ordine Ospedaliero di San Giovanni di Dio
Via della Nocetta, 263 – 00164 ROMA – Italia

E-mail: postulacion@ohsjd.org

www.ohsjd.org